

August 2 2020

Penelope Bridges

“Denles ustedes de comer”

En el nombre de la Santísima Trinidad

Cuando era niña en Irlanda, en los sesentas, mi madre tenía cuentas con la carnicería, la panadería, la farmacia, y la tienda de comestibles. Cada tienda era pequeña, y no había muchas opciones. El llegada de los supermercados cambió nuestros hábitos de compras; y, cuando vine a los Estados Unidos y caminé la primera vez por un pasillo completamente lleno de variedades de cereales para desayuno, fui asombrada.

Más recientemente, he aprendido la frase ‘desierto de comida’: un barrio en cual no hay ningunas opciones, donde el único lugar a poco distancia para comprar la comida es el 7-11 o un mercadito étnico. Los dos – el pasillo de cien opciones y el desierto de comida - coexisten en nuestra nación. Me parece que este dato es injusto.

La historia de hoy en el Evangelio sigue la muerte de Juan Bautista. El Rey Herodes le encarceló porque dijo la verdad a los poderosos, y entonces lo mataron en el cárcel, porque la hijastra de Herodes exigió la cabeza de Juan, como recompensa por entretener a los visitantes del rey.

Sabemos que Herodes dudó unos momentos, pero después consentió, porque no quería estar avergonzado en la presencia de sus amigos importantes. El profeta se murió porque el déspota tenía un ego frágil. Que desperdicio terrible de una vida. No me sorprende que Jesús quisiera irse solo para lamentar la pérdida de su primo.

La colocación de estas dos historias es significativa. Herodes da una fiesta exclusiva y lujosa para los ricos y los poderosos, que resulta en una muerte; entonces Jesús da una fiesta inclusiva para la gente pobre y hambrienta, y les ofrece la vida abundante.

El milagro de la multiplicación de los panes es muy familiar para nosotros, con razón: oímos la historia seis veces en los cuatro Evangelios. Es el único milagro que todos los Evangelistas cuentan, y Mateo y Marco la valió tanto que la contaron dos veces. Evidentemente es una de las historias más importantes sobre Jesús.

Jesús quiere lamentar solo, pero las multitudes no lo dejarán. Tienen hambre de buenas noticias. Son oprimidos, tienen miedo, son silenciados, con líderes en cuales no pueden confiar; los conquistadores les desprecian. Ellos buscan una

palabra de ánimo; anhelan la comida de la palabra de Dios, el amor de Dios. Y, por cierto, son personas de color.

Incluso en su dolor, Jesús no puede negarlos. Él es la Palabra encarnada de Dios. El único propósito de su vida es encarnar el amor de Dios. Es profundamente conmovido por la gente necesitada. Tiene compasión para los que sufren. Jesús está en solidaridad con esta gente amada.

Ahora llega la noche y extienden las sombras, y los discípulos se dan cuenta que tienen un problema gigante. Hay cinco mil hombres, más mujeres y niños, en un lugar despoblado, y es la hora para cenar. Están en un desierto de comida, sin tiendas. ¿Cómo cenarán? “Despidelos, Jesús, dicen.” Están abrumados. Pero Jesús les sorprende: “Denles ustedes de comer.”

Oof: este dicho me golpea en el corazón. Denles ustedes de comer. Cuidenles ustedes a esta multitud que se queda en desiertos físicos y espirituales, este pueblo que no puede alimentar a sus familias con un trabajo de tiempo completo, este pueblo que tiene hambre para la palabra y el amor de Dios. Ofrezcanles ustedes la esperanza a los que sufren de la injusticia.

Los discípulos buscan entre ellos y encuentran unos bocadillos. Jesús toma el pan y pronuncia la bendición. Quizás dice las palabras del Salmo: “Los ojos de todos esperan en ti, O Señor, y tu les das su comida a su tiempo. Abres bien tu mano, y sacias de favores a todo vivientes.” Como Jesús recuerda al gente de su relación a Dios, el donador de todos buenos, ellos piensan en cual tienen en sus bolsillos. “¿Cómo puedo comer mi picnic mientras la persona al lado de mi tiene nada?” Y sucede un milagro: la gente está satisfecha, se crea la comunidad, y el Dios es glorificado.

Cuando todo el mundo comparte sus recursos, cuando abrimos nuestras manos, hay suficiente para todos. Este es el milagro verdad de la fe, cuando nosotros vencimos nuestro miedo de la escasez y compartimos lo cual tenemos con los que tienen menos. Es una bendición, la habilidad de compartir nuestra abundancia. En este país, lo más rico en el mundo, hay personas que se acuestan hambrientas. Es un escándalo y un pecado, pero podemos arreglarlo, si enfocamos juntos en la meta..

Si hoy compartiéramos la Eucaristía, este Evangelio nos llevaría al sacramento. Sin embargo, solo la palabra de Dios nos alimenta en este tiempo, mientras nuestros vecinos tienen más y más hambre en una catástrofe económica aumentada. ¿Qué podemos hacer, con nuestros recursos pobres?

Podemos hacer mucho. Tenemos una comunidad fuerte y viviente. Tenemos una tradición profunda del culto, de la generosidad, y de la hospitalidad. Tenemos mucho para ofrecer a este mundo hambriento. Denles ustedes de comer, dice Jesús. Sí, hagámoslo. Compartamos lo que Dios nos ha dado, y todos seremos bendecidos. Amén.